

De este modo llegó, como escalando, a una de sus mejores salidas, a la más digna de hacernos sonreír en el alma, a la que tuvo al escribir La Votación popular.

Porque, dejando a un lado lo que puede ser la pieza en sí misma, ella le dió a conocer sus fuerzas y el campo en que debía ejercitarlas. Ese chispeante juguete le vino a probar que la ocurrencia podía durar una hora, que el salado párrafo de crónica podía ser de algunas páginas, y que durando una hora y siendo de algunas páginas, podía hacer reír tan bien como aquél. La Votación popular es un picante episodio de nuestra vida política, con algunos brochazos de nuestra vida social.

Nosotros tenemos nuestros largos períodos de calma y de modorra, para resucitar en las épocas de elecciones, ni más ni menos que aquellos animales o aves que tienen a bien dormirse durante todo el año para despertar en primavera. Y francamente, gastamos tanto entusiasmo, tanta declamación, tanta proclama, tanto club, en esos buenos tiempos, que con razón quedamos extenuados y débiles hasta el día en que la santa Constitución nos viene a advertir que ha sonado la hora de poner la banda en otro pecho, o sentar en el Congreso a otros ciudadanos: entonces vuelve a tronar el club, la prensa vuelve a mezclar una buena dosis de genciáneas en su tinta, los aceros -de las plumas- se afilan, la sangre no corre pero hierve, y la garganta grita.

Verdad que muchos sólo ven la cuestión de nombres, y que destie-
rran a Aristides sólo porque están cansados de oírlo llamar el justo,
que acusan a Pericles porque ha embellecido demasiado a la república,
que piden el ostracismo de Cimon porque tiene ya demasiada gloria; pero
nada importa eso, la cuestión es probar que todos somos ciudadanos con
derechos, y aunque Aristides parta al destierro y Cimon tras él, los
ciudadanos han probado que son libres, y ¡viva la libertad!

Hasta ahora, nosotros sólo habíamos visto en las elecciones el lado
constitucional, el lado que nos muestra en ella el grande acto de la vi-
da de los pueblos, es decir, habíamos visto sólo la tragedia; Román
Vial vió en ellas la petipieza.

Tomó a uno de esos ciudadanos con derecho a sufragio; lo llamó
cabo Poblete, y lo largó a la escena, como lo pudo largar en los tiem-
pos de veras a la Plaza de Armas.

Y nosotros, que tratamos seriamente con los Pobletes de carne y hue-
so sobre la cesión de sus derechos, nos reímos concienzudamente con el
Poblete de Román Vial: así es como en el mundo, por más que muchas cosas
parezcan serias, la mitad es risa, y risa la otra mitad. Porque es in-
negable, y ahí está su mérito, que La Votación popular es un rasgo evi-
dente y fotográfico de nuestras votaciones, vistas a través del poncho.

Ese es el primer paso que Román Vial dió en el teatro; paso feliz,
a pesar de que fué casi forzado a darlo.

En efecto, se trataba del beneficio de un artista, y el artista,
que si ama el arte, necesita también de la parte, creyó que el mejor

Ese es el primer paso que Román Vial dió en el teatro; paso feliz,
a pesar de que fué casi forzado a darlo.

En efecto, se trataba del beneficio de un artista, y el artista,
que si ama el arte, necesita también de la parte, creyó que el mejor
medio de llamar concurrencia era ofrecer una pieza chilena, y se la pi-
dió a Román Vial. El cronista había mirado siempre el escenario con
cierta predilección que tenía mucho de profético. Sin embargo, modesto

y sin conocer sus fuerzas, no se atrevía por una parte a entrar en un campo tan lleno de espinas y de dificultades, y por otra se resistía a negar su contingente a un artista a quien apreciaba. Buscó entonces el medio de conocerse sin que lo conocieran, y al enviar La Votación popular, decía que no habiendo podido ocuparse personalmente del encargo, mandaba el pequeño trabajo de un amigo, todo con la mayor reserva.

El primer ensayo no pudo concluir, porque la risa impedía a los artistas; la primera representación no fué oída casi, porque la risa del público era estruendosa.

Doble carcajada que fué un doble triunfo; el mejor para la modestia del cronista, y el primero en la carrera del escritor.

Sin embargo, tímido y vacilante todavía, como un general que no se atreve a comprometer sus fuerzas sin conocer el campo, envió como explorador que fuera a averiguar las ventajas y los inconvenientes de la cosa, a un nuevo piquete, Choche y Bachicha.

En vez de derribar traidoramente á Troya, dejemos que Demóstenes se corrija, se esfuerce, trabaje, que el destino hará lo demás.

Valparaíso, Octubre de 1872.

Rafael Egaña.

La Estrella de Chile, Nov. 3 de 1872, p. 79-80
" 10 " " , " 86-90
" 17 " " , " 97-99

